

IN MEMORIAM

Dr. D. Santiago del Cura Elena*

Dr. D. Martín Gelabert Ballester.

Académico de Número de la Sección de Teología de la Real Academia de Doctores de España

mgelabert.ar@dominicos.org



Académico de Número de la Sección de Teología, medalla número 81.

En su toma de posesión, celebrada el día 03-11-2010, pronunció el discurso de ingreso: *Un solo Dios: violencia exclusivista, pretensión de verdad y fe trinitaria en los renacientes debates sobre el monoteísmo.*

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=81>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Santiago del Cura Elena celebrada el 02-11-2022

Dr. D: SANTIAGO DEL CURA ELENA

Dr. D. Martín Gelabert Ballester

El pasado 16 de agosto, fiesta de la Asunción de la Virgen, falleció en Burgos, con 74 años y tras una larga enfermedad, el eminente teólogo Santiago del Cura Elena, miembro de nuestra Real Academia de Doctores de España. Era una persona muy conocida y muy estimada en los ambientes eclesiales y académicos. La prensa de la ciudad de Burgos y los medios informativos nacionales de carácter religioso se hicieron eco de su fallecimiento. Entre sus conocidos y amistades causó gran pesar, pues se trataba de una persona cercana, amable, afectuosa, que se hacía querer. Por supuesto, en el terreno teológico se hacía respetar y, no cabe duda, de que era una de las grandes figuras de la reflexión teológica española.

El tres de noviembre de 2010, hace doce años, en nombre de la Real Academia de Doctores, tuve el honor de responder a la lección magistral que pronunció Don Santiago del Cura en su toma de posesión como miembro nuestra Academia. Lo que entonces dije sigue siendo válido, aunque los datos que ofrecí habría que completarlos, porque la actividad teológica de Santiago del Cura ha sido fecunda y provechosa hasta el último momento de su vida.

Recuerdo los principales datos de una larga vida dedicada a la teología, en memoria de tan ilustre académico, mejor persona y excelente amigo. El Dr. Santiago del Cura nació en Ciruelos de Cervera, cerca de Caleruega, patria de Santo Domingo de Guzmán (Burgos) el día 25 de julio de 1948. Sus estudios de humanidades, filosofía y teología los realizó en Burgos, Roma, Múnich y Frankfurt. Fue ordenado sacerdote en 1972. En 1981 obtuvo el Doctorado en Teología en la Universidad Gregoriana de Roma. Fue Catedrático de Teología Dogmática en la Facultad de Teología de Burgos y Profesor Invitado adjunto durante 30 años en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca. También impartió clases en el Centro de Estudios Teológicos S. Dámaso, en la Sede de Vitoria de la Facultad de Teología del Norte de España y en el Instituto Superior de Teología de las Islas Canarias.

Los cargos académicos que ha desempeñado han sido numerosos, así como los nombramientos recibidos en razón de su competencia teológica. Indico los más importantes. Fue, durante seis años y después durante otro trienio, Decano de la Facultad de Teología del Norte de España, en su sede de Burgos, luego fue Presidente de esta Facultad en sus dos sedes de Burgos y Vitoria. En el tiempo de su Decanato le tocó la tarea de reformar los estudios teológicos y acomodar estos estudios, en lo referente al primer ciclo, en cinco años, en lugar de en seis. Ha sido sucesivamente Secretario, Vicepresidente y Presidente de la Junta de Decanos de las Facultades de Teología de España y Portugal, Director del Instituto de Teología y Espiritualidad del Sacerdocio de Burgos, Director de la Sección de Especialidad en Teología Dogmática. También fue Director del Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos de la Universidad Pontificia de Salamanca. En 1987 fue nombrado

miembro de la Comisión asesora de la Conferencia Episcopal Española, y desde 1997 hasta el 2009 ha sido miembro de la Comisión Teológica Internacional, creada por Pablo VI a raíz del concilio Vaticano II. Socio ordinario de la Pontificia Academia de Teología, de Roma, desde 2007. Últimamente fue nombrado por el Papa Francisco miembro de la Comisión para el estudio del diaconado femenino, dependiente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, único teólogo español que formó parte de esta comisión.

Ha dirigido más de veinte tesis doctorales en las Facultades de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca y en la Facultad de Teología del Norte de España. Ha impartido numerosas conferencias y su participación en Congresos y Simposios ha sido frecuente, especialmente en España, pero también en otros países de Europa, como Italia, Portugal, Irlanda y Alemania. Ha participado en Simposios organizados por las Universidades civiles (Salamanca, Complutense de Madrid, Menéndez Pelayo, Alcalá de Henares, Burgos, Alicante, Málaga) y la mayor parte de las Facultades y Centros Teológicos españoles han contado con su presencia. Ha impartido materias de Misterio de Dios (Dios Uno y Trino), Escatología y Sacramento del Orden, y también de Teodicea, Cristología y Teología ecuménica.

El listado de sus publicaciones es muy amplio. Dejo aparte sus escritos menores en prensa. Seis amplios libros de investigación llevan su firma; ha sido editor y director de otras 9 obras en colaboración; son 150 los artículos, tanto de investigación como de alta divulgación teológica, que nos ha dejado. Sus escritos versan sobre historia del dogma y de la teología, sobre teología del ministerio ordenado, teología ecuménica y cuestiones de actualidad. Hay dos tipos de escritos que merecen ser resaltados: los dedicados a la escatología y, por encima de todo, sus publicaciones sobre el Misterio de Dios. No creo equivocarme si afirmo que ha sido uno de los mejores teólogos españoles en esta temática. Sería largo y seguramente un poco pesado enumerar títulos y lugares de sus publicaciones. Pero en sus títulos aparecen frecuentemente los términos misterio trinitario, Cristo, esperanza, escatología, vida eterna, sacerdocio, diaconado, creación, salvación; y también: islam, diálogo, ateísmo, reencarnación, libertad religiosa, tolerancia, sociedad, democracia, utopía, violencia, cátaros, valdenses.

Me limito a recordar dos títulos. El primero es una muestra de su capacidad de diálogo con el “otro”, con el que no comparte mis posiciones. El segundo título es una muestra de la seriedad de la labor investigadora de nuestro teólogo. El primer título es su discurso de ingreso en nuestra Academia: “Un solo Dios: violencia exclusivista, pretensión de verdad y fe trinitaria en los renacientes debates sobre el monoteísmo”. El otro título que recuerdo es su contribución al libro-homenaje que hace unos meses se le ofreció y del que hablaré más adelante: “*Tanta similitudo... maior dissimilitudo*: contexto histórico y sentido teológico de la afirmación del IV Concilio de Letrán (1215) sobre la Trinidad divina”. El contraste entre la semejanza de la criatura con Dios y la desemejanza es inmenso, o sea, todo lo que decimos

sobre Dios es un pálido reflejo de lo que Dios es, y Dios es infinitamente diferente a lo que decimos. En este trabajo está su última contribución a la historia de la teología, ofreciendo datos inéditos con los que preparaba un estudio más amplio que no pudo finalizar. Estoy de acuerdo con lo que se ha dicho sobre sus publicaciones, a saber: Santiago del Cura no ha sido un teólogo de libros, sino de revistas y escritos de especialidad. El mejor homenaje a su vida y a su teología sería recoger y organizar esos trabajos en tres o cuatro volúmenes extensos (Xavier Pikaza).

Con el riesgo que conlleva toda simplificación voy a resumir en dos las líneas de fuerza de su pensamiento: Por una parte, Dios como tema central y unificante, un Dios que nos llama a vivir en comunión y que abre un futuro lleno de vida para todos y cada uno de los seres humanos; y por otra, un esfuerzo de comunicar la fe sabiendo dar razón de la misma, especialmente en esta época de secularización e increencia. Ambas líneas están estrechamente relacionadas, porque el Dios cristiano es un Dios de los hombres y para los hombres y, por tanto, tiene que poder ser acogido en la circunstancia vital y cultural de cada persona. El discurso sobre Dios nunca puede prescindir de su destinatario, que es la humanidad, pero no una humanidad en abstracto, sino cada ser humano en su concreta situación. De ahí la pertinencia de la pregunta: ¿cómo hablar de Dios en una época paradójica, de increencia y secularización, por un lado, y de cierto redescubrimiento espiritual, por otro? Más aún, ¿cómo hablar del Dios cristiano en una época de diálogo interreligioso?, ¿cómo decir el monoteísmo trinitario de forma comprensible para los fieles de otras religiones monoteístas? La originalidad del Dios cristiano está en que es único, pero no solitario, es el Dios de la comunión. Mirando a Jesucristo es como el teólogo y todo cristiano puede descubrir a este Dios de comunión. Más aún, con la paradoja de la Encarnación, el cristiano descubre a un Dios que, en cierto modo se ha unido con todo hombre y que desborda en humanidad a todos los seres humanos, mostrando así un nuevo modo de ser humano.

En todos sus escritos Santiago del Cura muestra una sensibilidad exquisita y dialogante a la hora de presentar el mensaje cristiano al hombre y a la mujer de hoy. Prueba de ello fue su discurso de ingreso en esta Real Academia. Este talante dialogante le permitía estar atento a las críticas que se hacen a la religión en general y al cristianismo en particular, para sacar lo más positivo de ellas, y buscar una mejor presentación del mensaje cristiano que aclare los malentendidos y muestre su relevancia para las personas de hoy.

A pesar de todo, el verdadero teólogo, confiesa que Dios siempre escapa a la lógica de los conceptos y del lenguaje. Al final del quehacer teológico, nos encontramos con el silencio de cierta sana impotencia y el desbordamiento del misterio. Un silencio que lleva, inevitablemente, a la adoración. Porque las palabras con minúscula se retiran ante la elocuencia de la Palabra (*Verbo crescente, verba deficiunt*). En esta línea va el título del libro

homenaje que un numeroso grupo de amigos y colegas le ha dedicado y que ha publicado el Secretariado Trinitario de Salamanca, con el título de: “*Deus semper maior*. Teología en el horizonte de su verdad siempre más grande”. 1.449 páginas configuran el grueso volumen con el que 62 autores de lengua española, portuguesa, italiana, francesa, alemana e inglesa han querido rendir homenaje a quien es uno de los grandes teólogos de nuestra nación. *Teología en el horizonte de su verdad siempre más grande* es una miscelánea de estudios de algunos de los teólogos de más renombre, con los que **Santiago del Cura Elena** ha trabajado y contribuido al quehacer doctrinal en el último medio siglo.

La cantidad de autores que han colaborado, y otros que también hubieran deseado hacerlo, muestra no solo la importancia teológica de nuestro autor, sino también sus buenas y múltiples relaciones. El libro toca los grandes temas de interés del Dr. Del Cura. Es difícil encontrar un libro homenaje con tantos colaboradores y tantas páginas.

Una cosa más, y esta fundamental. Destacar su labor teológica, siendo importante, no es suficiente para hacer justicia a Santiago del Cura. Pues antes que teólogo, era y se sentía sacerdote y creyente. El 16 de junio pasado tuvo lugar en la Sede de Burgos de la Facultad de Teología del Norte de España la última lección del profesor Santiago del Cura, con asistencia de colegas, alumnos y amigos, y también de dos de sus profesores, Jesús Espeja y Olegario González. Algunos colegas que no pudieron asistir, así como numerosos Obispos españoles enviaron mensajes de adhesión; también lo hizo el Cardenal Prefecto de la Doctrina de la Fe, Luís Francisco Ladaria. Santiago estaba visiblemente emocionado, hasta que el punto de que cuando comenzó a hablar se le entrecortaba la voz. Ahí quedo claro que Santiago del Cura era, sobre todo, un sacerdote y un hombre de profunda fe.

«Al principio quise dedicarme al ejercicio del ministerio sacerdotal en la parroquia», relata. De hecho, sus primeros años como sacerdote (recibió la ordenación en 1972) los pasó como párroco de cuatro pueblos y coadjutor en Roa. También hizo de párroco suplente, ejerciendo el ministerio sacerdotal en distintas parroquias alemanas. Esta inquietud sacerdotal aparece en la tesis doctoral que defendió en la Pontificia Universidad Gregoriana, con un estudio acerca de las disposiciones del Concilio IV de Letrán, que establecía que «nadie puede consagrar la eucaristía sin ser sacerdote ordenado». Y por supuesto en otras muchas publicaciones. Recuerdo la brillante y completa conferencia sobre el ministerio ordenado, que pronunció en la Universidad Pontificia de Salamanca con motivo del Congreso que se organizó para conmemorar los cincuenta años del Concilio Vaticano II.

La enseñanza de la Teología ha sido el modo en que Santiago del Cura «ha ejercido el ministerio sacerdotal». «Recordar esto me ha ayudado bastante a no olvidar lo fundamental: soy sacerdote y nunca dejaré de serlo», afirma. «Ciertamente, no es necesario ser sacerdote para enseñar

Teología, pero sí es necesario estudiarla para ejercer el ministerio», indica. De hecho, él ha sido profesor de cientos de sacerdotes, religiosos y seculares que han pasado por sus clases.

Finalmente, ya saben que los finales suelen ser lo más importante, Santiago del Cura fue un hombre de profunda fe. Sus reflexiones lo demuestran. En muchas de ellas se trasluce su propia experiencia de fe. La fe cristiana tiene su meta en la esperanza. Su larga enfermedad le ayudó a mirar con otros ojos la virtud de la esperanza y a hacerla más presente en su vida como experiencia vital. Precisamente la enfermedad ha sido su gran obstáculo en los últimos siete años. «Eso trastocó todos mis planes», lamenta, haciendo que se hayan quedado en el tintero algunas publicaciones sobre el ministerio ordenado y el misterio de la Trinidad. «Lo siento mucho porque me hubiera gustado concluirlo, pero la vida es así. Hay que seguir adelante con esta enfermedad. Es duro y nunca sabes hasta dónde puedes llegar», revela.

La cruz se convirtió para él en «una enseñanza experiencial». «Una cosa es enseñar escatología y otra cosa es verte confrontado diariamente con esta perspectiva de lo que puede ser la vivencia directa de todo ello. Se aprende cuando uno pasa por la enfermedad, que condiciona mucho y al mismo tiempo enseña mucho. Intento aceptar los planes de Dios y su presencia de una forma distinta. Asumir estos caminos de Dios en los que uno no había pensado pero que vienen y es necesario asumir e integrar dentro de tu vivencia de fe».

Esta reunión es un merecido homenaje póstumo al Dr. Santiago del Cura, pensador sereno, excelente profesor, escritor incansable, piadoso presbítero. Él pensaba que el método teológico exige una apertura constante hacia la consumación final “en la que seremos capaces de ver a Dios tal cual es”, siendo felices en una comunión de amor. Mis palabras han querido resaltar la grandeza teológica, religiosa y humana del Dr. del Cura. El mejor homenaje que me parece que podemos hacerle es aprovechar su magisterio y agradecer a Dios su vida, su presencia entre nosotros, su testimonio como creyente y su competencia como teólogo.